

CAPITULO XVIII.

EL TABOR, Ó ÉXTASIS Y ARROBAMIENTOS.

Angel y virgen en la capilla de María—La agonía en el Huerto de los olivos.—Quiéres tú venir al Calvario?—Espinas.—Aposento embalsamado.—Admirable revelación que hace la virgen á un padre cuyo hijo ha desaparecido.—Su confesor se oculta para espiarla.—Es arrebatada al cielo en donde le dá un velo la Santísima Virgen.

LLEGAMOS por fin al último punto de las consolaciones sobrenaturales con que el celestial Esposo de Liduvina se complacía en regocijar sus dolores, pues en el Tabor al que el amor conduce al alma, hay algo mejor que el espíritu profético y el don de los milagros; mejor que á Moisés y á Elías, el alma vé á Jesús como presente, le habla y se embriaga con él de delicias, con él se identifica en la dicha de una misteriosa unión; y ese es el arrobamiento y el éxtasis! Tal era, sobre todo, la incomparable alegría, el gozo de casi todos los días concedido á la humilde crucificada en cuyo favor Dios había hecho ya tantas maravillas!

Vé aquí como se verificaba ordinariamente ese prodigio de la gracia: la santa se ponía en oración, y muy pronto su alma se encendía; todas las cosas de la tierra se le desvanecían como una sombra; todo un mundo maravilloso le abría sus horizontes, y entonces llegaba su buen ángel. . . . siempre era el ángel quien tenía la misión de conducirla á la visión de Dios. Antes de todo, é invariablemente, el dulce ángel alzando su vuelo misterioso, transportaba á la virgen á la Igle-

sia parroquial de Squidam, á la capilla de María, delante de la imagen misma á cuyos pies había encontrado en su infancia tanta alegría. El ángel y la virgen por un momento honraban juntos á la Reina Inmaculada de los cielos; y después desde allí comenzaban su extático viaje, caminando á la exploración del mundo de maravillas que el amor les ofrecía. Unas veces iban á Nazareth ó á Belén, ó á Jerusalén ó al Calvario; la Palestina entera, esa tierra bendita que había recibido la impresión de los pasos del Salvador; otras veces, dirijíanse á Roma, la ciudad eterna, en donde triunfó desde el fondo de su sepulcro el pescador de Galilea, y en donde reina coronado de la veneración del mundo el Vicario de Jesucristo. En una palabra, visitaba toda región, toda iglesia y monasterio, todo lugar santificado en la tierra, y aun muchas veces también el purgatorio, y otras, el cielo! Y por todas partes, en esos éxtasis, encontraba siempre al Amado de su corazón, á su dulce y adorado Jesús. . . . unas veces recién nacido, en las pajas del pesebre, adorábale devotamente sonriendo en los brazos de su Madre, y tendiéndole á ella sus divinas y pequeñas manecitas! qué tiernas caricias le hacía la santa! Otras veces le veía como cuando andaba en la Judea, con el Corazón lleno de misericordia y las manos llenas de milagros, ó lanzándose como triunfador desde las profundidades del sepulcro, y sentía transportes de ardiente amor al verle y tocarle! á veces le permitía el Amado besar sus pies, manos y costado, haciéndole gustar en esta divina fuente delicias inenarrables, y dejándola beber copiosamente en ella.

Muchas veces refirió la santa lo que le pasaba, haciendo por obediencia y delante de los más venerables testigos, la relación de esos admirables arroba-

mientos—Algunas veces la transportaba su buen ángel al Calvario, y allí sobre todo, se sentía dichosa! lo cual comprenderemos acordándonos de su amor apasionado por su Dios clavado en la cruz.

Pues qué pasaba en el Calvario? Qué drama se representaba en él? Allí la santa participaba de los sufrimientos de su Amado, pues muchas veces al volver de su éxtasis se echaban de ver en su cuerpo heridas de un caracter extraño, y fragmentos de espinas en sus carnes. ¿De dónde podían provenir tales espinas y heridas? Necesario sería hacer violencia á su humildad para arrancarle la explicación de ello: un día dijo que en una de sus misteriosas peregrinaciones había ido á Gethsemaní, al sombrío huerto de los Olivos, donde su dulce Jesús la esperaba. La santa veía renovarse todos esos primeros dolores, veíale prosternado en la tierra, oíale repetir su desgarradora oración: "Padre mio, apartad de mí ese caliz de tanta amargura!" Y Liduvina se postraba á sus pies con el rostro contra la tierra, inmóvil y casi sin vida. El espantoso sudor de sangre corría por los miembros de Jesús y su agonía había vuelto á comenzar; era la misma escena lamentable de otro tiempo! Después el Salvador se levantó, y mirándola, le dijo con voz llena de inefable tristeza: "quieres tú venir conmigo al Calvario?" —"Con vos, Señor, contestó la virgen, oh! sí, á todas las partes donde quisiereis! Ah! el ir con vos, el padecer y morir con vos, oh Señor mio! oh vida mia! sería para mí la suprema felicidad!" Y juntos habían subido la santa montaña, y allá en el Calvario hubo entre el esposo y la esposa, una unión de dolores que la lengua humana no sabría referir! Después de esto, al bajar del monte sagrado, conoció la santa que tenía unas fistulas en sus labios, unas nuevas y singulares llagas en

sus miembros, y aun espinas clavadas en la carne. "Hermana mia, le dijo el ángel, esas heridas, Dios quiere que tú las traigas á fin de que sean para tí y para todos como un testimonio visible de la realidad de los arrobamientos con que su Majestad se digna honrarte." "Vé aquí por qué, añadía la santa, vosotros veis desde entonces esas cosas admirables en mí; ayudadme á dar gracias al buen Dios que de este modo trata á su indigna esclava!"

Y no eran sólo heridas y llagas lo que la santa traía de sus divinas peregrinaciones, sino traía consigo además como un perfume del cielo. Graves personajes, testigos dichosos de tantos prodigios lo han asegurado, pues al entrar en su aposento, cuando volvía de sus arrobamientos, sentíase cada uno deliciosamente penetrado de tan exquisito olor, que ninguno de los perfumes conocidos hubiera podido bastar á dar de él una idea. Sentíase sobre todo atraído hacia ese lecho en que yacía la virgen, como hacia la fuente del celestial olor que embalsamaba el aposento; y se veía á los asistentes aproximarse lo mas que les era posible, como para gustar mejor de tan maravillosas delicias. Y no obstante, en aquel pobre lecho, no había mas que una pobre criatura cubierta de llagas, é hirviendo en gusanos. Mas esa pobre criatura era un vaso colmado de los dones del Espíritu Santo, era un dulce santuario perfumado de gracia y de virtudes. Aquella virgen recibía inauditos favores: veía prodigiosamente á los ángeles y descansaba su cabeza en el pecho de Jesús, sabía los senderos del cielo, y gozaba de las alegrías del paraíso, y se paseaba en los jardines de Dios. Naturalmente volvía de allá embalsamada!

Muchas veces las personas piadosas que entonces la veían, le preguntaban ó la felicitaban con transporte.

«Sí, lo confieso, respondía la santa, y no puedo negarlo: las consolaciones sobreabundan en mi alma, consolaciones inauditas, inenarrables, de las cuales casi me siento horrorizada, porque tengo mucho temor de no poder soportar su peso sin vanidad! Oh! mas Dios es bueno, adorablemente bueno, y para sostener á su pobre y ruin esclava, mezcla siempre con las alegrías que le envía alguna amorosa humillación. Cuando me ha regocijado mucho y embriagado de dicha consigo, estoy segura de que inmediatamente me vá á venir algún nuevo y mas horrible tormento. Bendita sea para siempre su Majestad!»

Ya hemos dicho que muchas veces en sus arrobamientos nuestra santa visitaba también los monasterios. Citemos acerca de esto una admirable particularidad mil veces comprobada. El recuerdo que traía de esos monasterios era exacto hasta en sus menores detalles; refería el orden variado de los ejercicios que allí se practicaban, sabía hasta los nombres y sobre nombres de los habitantes de cada uno de ellos. «Lo que vos me decís, exclamaba muchas veces con asombro, tal ó tal religioso que había venido en peregrinación de alguna comarca lejana, á visitarla; lo que me decís de mi convento supera la imaginación, porque si hubiéseis pasado allí toda la vida no lo conoceríais mejor.

Un dia cierto extranjero que venía de países muy distantes, se presentó en casa de Liduvina: sus pasos, su mirada, y su pálida frente, todo revelaba en él un profundo dolor. En efecto, venía á contar á la virgen de quien por todas partes se contaban tantas maravillas, cómo había perdido á un hijo suyo: que éste desgraciado había desaparecido, y que todas las investigaciones que se habían hecho para encontrarle habían

sido inútiles. Mas Liduvina no le dió aun tiempo de hablar, y sin esperar que traspasase el umbral, le dijo. «Yo os saludo, Señor Guillermo:» y el extranjero se detuvo asombrado al oír estas palabras. «Soy yo acaso conocido aquí? preguntó. Y cómo sería posible cuando nunca he venido á este lugar, cuando nadie puede ni aun sospechar mi viaje á Squidam? Entrad siempre, Señor Guillermo, prosiguió la santa, y sed benditos de Dios, vos y vuestro hijo Enrique! Esta vez se vió al pobre padre vacilar. Mas casi al punto como bajo el golpe de una violenta conmoción eléctrica, se precipitó hácia el lecho de la virgen. «Ah! no habeis nombrado á Enrique? No habeis hablado de mi hijo? Decidme si lo conoceis, si sabeis qué se ha hecho mi desgraciado hijo. Responded, oh! respondedme pues! Vive ó ha muerto?» Está vivo, respondió la santa. Ah! Dios mio, mi hijo vive! Gracias os doy! Mas decidme, Liduvina, es desgraciado?—Vuestro hijo Guillermo? Tranquilizaos, él será el mas dichoso de los hombres cuando pueda deciros, estrechándoos sobre su corazón, que una terrible necesidad que vos apreciareis, le ha obligado á causaros por su huida un momento de tristeza, porque así convenía para su salvación eterna!—Vos me horrorizais, Liduvina: qué se ha hecho pues de mi hijo?—Glorificad á Dios, hermano mio! Yo he visto á vuestro querido Enrique prosternado, recibiendo tal dia el santo hábito de los Cartujos. . . . El joven ha obedecido al llamamiento irresistible de Dios!—Oh cielos! mi hijo Cartujo! Hágase Dios mio, tu santa voluntad! Mas acabad, Liduvina, acabad vuestra obra, decidme dónde está mi Enrique, mi hijo. En qué monasterio? En qué lugar? Decídmelo, para ir, y volar, y abrazarle, y bendecirle! Pues bien, Guillermo, vuestro hijo se halla en la Cartuja

del monte de San Juan, en Bélgica, en el Brabante meridional; id allá y le encontrareis, pues allá es donde le he visto." Guillermo partió y atravesó como un dardo las provincias que le separaban del Brabante: Liduvina había dicho la verdad. Desde el día indicado el joven Enrique era Cartujo y vivió después como un santo.

Podríamos igualmente, con motivo de los arrobamientos al cielo, referir algunos incidentes llenos de encanto y sobre todo, numerosos favores que la virgen recibió de la augusta María; mas hablaremos de uno sólo.

Era un día de fiesta en 1428. Al derredor del lecho de Liduvina, y hácia el medio día, se encontraban su confesor, sus parientes y otras personas piadosas que hablaban de Dios. Repentinamente la santa interrumpió la conversación. "Quisiérais, dijo á los asistentes, dejarme sola algunas horas?" no podían todos mas que obedecer, y al punto salieron. ¿Cuál podía ser la idea súbita de querer estar sola, precisamente á una hora desacostumbrada? El confesor, sobre todo, quedó preocupado, pues hacía mucho tiempo que aprovechaba todas las ocasiones de juzgar por sí mismo lo que pasaba, y así en el acto, sin decir nada á nadie, y sin que pudiesen sospecharlo, furtivamente y sin hacer ruido volvió á entrar en el aposento y ocultóse en un rincón.

Una vez sola, ó mas bien creyéndose sola, Liduvina se puso en oración, y su amor bien pronto hizo explosión. El sacerdote la oía, hablaba á su Jesús con arranques de fuego, y con un acento de singular reconocimiento y ternura; después oyó que dirigiéndose á su ángel decía: "¡Oh, venid amigo fiel y hermano celestial, venid á regocijar mi corazón, venid á hablar á

mi alma, que ya tengo hambre y sed de veros y oíros!" Su oración fué escuchada: el ángel apareció: mas la santa no le veía como otras veces, pues el ángel se detenía á cierta distancia, y con el rostro encubierto; ella alarmada exclamó: "¿Por qué, mi amado hermano, por qué os deteneis ahora lejos de mí? Por qué el día de hoy me ocultais vuestro rostro tan bueno? He cometido acaso alguna falta de la que querais castigarme? —Nó, respondió el ángel, nó, Liduvina; no eres tú la que me detienes, mas hay aquí oculto alguno que quería y que no debe ver mi semblante." Y el ángel desapareció; la virgen quedó muy desolada y se puso á llorar con tanta amargura, quejándose en términos tan tiernos, que el confesor no pudiendo contenerse mas, salió al fin de su escondite: Liduvina, perdonadme, le dijo, os juro que no lo volveré á hacer!—Ah! sois vos! exclamó la santa, y sus lágrimas se aumentaron, y su dolor se hizo mas desgarrador. ¡Oh Dios mio! convenía que fuese el padre de mi alma quien me privase de las santas delicias que mi ángel me traía! ¿Qué os he hecho yo pues, Padre mio? desconfiais acaso de mí y de la sinceridad de mis confesiones? Ah! tratarme así vos á quien venero y que sois para mí el representante de Dios!

El pobre sacerdote partió con el corazón quebrantado, no pudiendo responder nada.

La misma tarde la dichosa virgen quedó bien indemnizada, pues fué arrebatada al cielo, y los esplendores del paraíso le fueron descubiertos: contemplaba á Dios en las magnificencias de su infinita gloria, veía al derredor de su trono, y en las delicias de sus gozos eternos, á los ángeles y los serafines, y á la innumerable milicia de los celestiales espíritus; el senado de los patriarcas y de los profetas, el colegio augusto de los

apóstoles, el triunfante ejército de los mártires, y la casta legión de las vírgenes. Muchos de esos bienaventurados escogidos venían á hablarle como se habla á una hermana. "Tú lo ves, Liduvina, le decían, nosotros hemos sembrado en las lágrimas y hemos recogido en la alegría; nuestras humillaciones han producido la gloria, cuanto más hemos padecido, más gozamos ahora. Sigue pues nuestras huellas, persevera en la paciencia. Y mientras que los gloriosos ciudadanos de la celestial Jerusalén inflamaban así su valor, he allí que la santa veía aparecer con gran pompa á la Reina del cielo. La Santísima Virgen se acercó á ella, y le decía: Mi querida hija, cómo has venido así á este lugar no teniendo un velo en tu cabeza?—Oh! mi amabilísima soberana, respondió Liduvina: mi ángel me ha traído en este estado, y yo no hago jamás otra cosa que lo que quiere mi santo ángel.—Entonces, hija mia, dijo la Santísima Virgen, aquí tienes este velo: ¿quieres aceptarle para cubrirte con él? Ante esta oferta Liduvina vacilaba, y no sabía qué responder, temía que aceptándolo sólo siguiera su propia voluntad, y desagradaba á su Dios, esperó pues, y volvióse á su buen ángel como para pedirle una inspiración. Mas la divina María repitió la oferta por segunda y tercera vez, y no diciéndole el ángel lo que debía decir, respondió humildemente: "Me parece, mi dulcísima Madre, que no debo tener aquí ninguna voluntad.—"No obstante, dijo entonces su guía, si tú quieres ese velo, acéptalo." Esta respuesta ambigua aumentó su vacilación, la santa miraba el precioso velo, y hubiera querido con toda el alma poseerle; mas no osaba ni pedirle, ni recibirle!

Entre tanto, la Reina de los ángeles se había retirado. Ya se acercaba el momento en que Liduvina

debía dejar el cielo, y repentinamente la Santísima Virgen apareció de nuevo seguida de las vírgenes, y trayendo siempre en sus manos el velo misterioso. "Mi amada hija, dijo acercándose á Liduvina; yo te he vanamente solicitado hace poco, con este velo, tú no has querido tener voluntad propia: Pues bien! para recompensarte, yo misma voy á ponerle sobre tu cabeza. Recíbele, hija mia, llévale á la tierra, y le guardarás siete horas contigo! mas á la séptima hora lo darás á tu confesor á fin de que él vea una prenda auténtica de los favores que el cielo te concede, y al mismo tiempo dile en mi nombre que lo ponga á mi imágen en la iglesia de Squidam. Adios, tén valor! yo te espero en la gloria!" Cuando Liduvina volvió de su éxtasis, encontró en efecto el maravilloso velo puesto en su cabeza. ¡Quién podría decir su gozo y su reconocimiento! Con qué transporte dió gracias á Dios y á la Santísima Virgen! Cómo cubrió de besos ese velo venido del cielo! Con qué velocidad pasaban las horas, y ya la séptima estaba cercana. Era preciso obedecer á la Santísima Virgen; la santa hizo venir á su confesor: "Padre mio, le dijo, he asistido á una gran fiesta en el cielo; yo he visto á Dios y á los ángeles, he conversado con la Santísima Virgen: ved este velo que me ha dado!" Y se lo refirió todo. El sacerdote quedó admirado, y no podía dudar, pues el velo era un argumento irresistible, porque allí estaba delante de él, era un velo de un trabajo humanamente imposible, y este velo real no podía ser una ilusión.

El sacerdote le veía, le apretaba con sus manos y admiraba su color y su tejido. Qué blancura celestial é inimitable! Qué milagrosa finura! Qué perfume tan delicioso exhalaba, que llenaba el aposento de una

suavidad que no podía venir mas que de las eternas moradas!

El dichoso sacerdote volvía y revolvía aquel velo entre sus manos, inmóvil, arrebatado, olvidándolo todo y no se cansaba de contemplar esta obra divina. Entre tanto, el momento se aproximaba. "Padre mio, le dijo la virgen, llevadlo á la iglesia, pues debemos obedecer á la Santísima Virgen." Mas Liduvina, es muy temprano, se apresuró á decir el sacerdote, que no se podía resolver á concluir: la iglesia está aun cerrada, y la imagen á una altura inaccesible en la oscuridad.—Id siempre, padre mio, continuó la santa, encontrareis al portero de la iglesia en la calle, y una escala bastante alta á la izquierda de la imagen, apresuraos pues. "El sacerdote partió, encontró al portero y la escala en el lugar indicado, y pudo así depositar el precioso velo en la cabeza de la venerable imagen. Después se arrodilló. . . . mas apenas comenzaba á orar cuando se acercó un ángel. . . . El sacerdote levantó la cabeza. . . . y el velo había desaparecido!

Así se le prodigaban á la dichosa crucificada todas las alegrías del éxtasis. En Jerusalén, en el Calvario y en el cielo, por todas partes encontraba á su amado Jesús. Y algunas veces no era necesario que su celestial guía la llevase fuera de su pobre aposento. Allí mismo en su casa, y bajo su miserable techo, los ángeles, los apóstoles, los santos, y el Rey de los reyes con su acompañamiento de escogidos, venían á visitarla! Entonces, á los rayos de esta divina presencia, el humilde aposento se iluminaba con tan brillante esplendor, que los parientes y vecinos, como ya una vez lo hemos visto, acudían llenos de terror creyendo que se trataba de un incendio. Entonces era imposible mirar á la santa, pues su rostro estaba deslum-

brante de luz celestial! ¿Cómo, decíanle algunas veces cuando todo estaba concluido, cómo podeis soportar una luz tan viva, vos que no podeis con los ojos enfermos ni aun sostener un instante la simple claridad del dia? Es cierto, respondía Liduvina, es un hecho que puede parecer extraño; mas hay luz; y luz; la una con la cual vé uno las cosas de aquí abajo, la otra con la cual contempla á Dios, y esta difiere tanto de aquella, como el dia difiere de la noche. Qué importan la fortaleza ó la debilidad de los órganos! Aun á los ojos mas enfermos nada es tan bueno y tan dulce como la luz de Dios!"

Nosotros también vamos pasando, ó por el Calvario, ó por el cielo, por el dolor, ó por el gozo: más qué perfumes y qué méritos traemos de allá? Es que muchas veces no buscamos á Jesús, sino sólo nuestra propia voluntad!

CAPITULO XIX.

EL TABOR, Ó ÉXTASIS Y ARROBAMIENTOS.
(CONTINUACIÓN.)

Devoción de Liduvina á las almas del Purgatorio.—Desciende con su ángel á esos lugares de expiación.—Una alma del Purgatorio reclama una moneda de oro.—Libertades que consigue la virgen.—Vé aquí el infierno, quieres mirarle?—Un ángel desolado.—Los granos de mostaza ó advertencia á un sacerdote.—La vasija llena de carbones ardientes ó cuánto el alma de la santa se eleva sobre los sentidos.

CONTINUEMOS la prodigiosa historia de los arrobamientos de nuestra santa. Entre todas las estaciones